

# El dedo mágico

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



Una niña de ocho años tiene un don increíble: posee un dedo mágico con el que, cada vez que no puede aguantar una situación, apunta a la persona que ha llegado a irritarla, transformándola de la manera más inimaginable.

Una de esas transformaciones la sufren unos vecinos suyos a los que les gusta demasiado ir de caza; porque aunque sean sus amigos, ella no puede resistir la idea de que vayan por ahí matando patos...

Para Ofelia y Lucy.

# EL DEDO MÁGICO



La granja vecina a la nuestra es propiedad del señor y la señora Gregg. Los Gregg tienen dos hijos, los dos son chicos. Sus nombres son Philip y William. Algunas veces voy a su granja a jugar con ellos.

Yo soy una chica y tengo ocho años.

Philip tiene, también, ocho años.

William es tres años mayor. Tiene diez.

¿Qué?

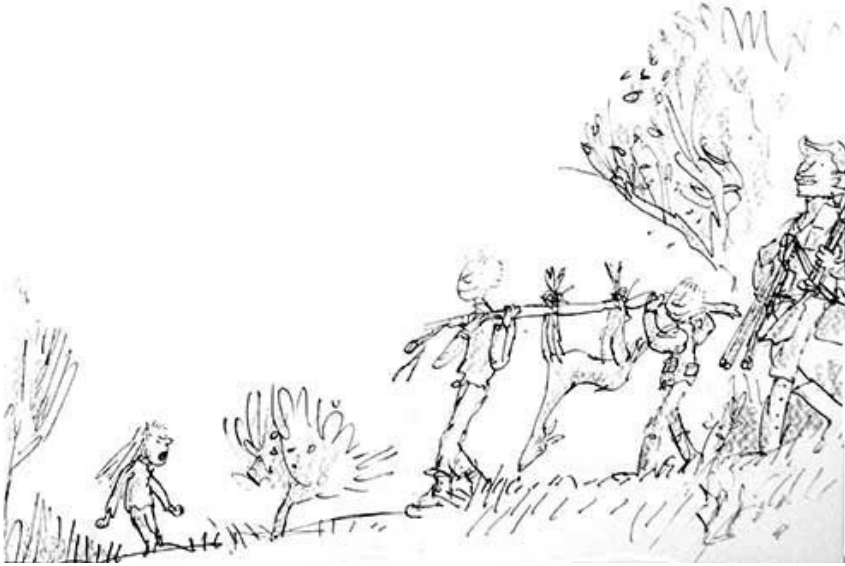
Oh, está bien, sí.

Tiene once.

La semana pasada, algo muy divertido le sucedió a la familia Gregg. Voy a contarte lo que pasó, lo mejor que pueda.

Veréis, lo que al señor Gregg y a sus dos hijos les gustaba hacer más que cualquier otra cosa, era ir a cazar. Cada sábado por la mañana agarraban sus escopetas y se adentraban en el bosque en busca de animales y pájaros a los que disparar. Incluso Philip, que sólo tenía ocho años, tenía su propia escopeta.

Yo no soporto la caza. Simplemente no puedo *soportarla*. No me parece bien que hombres y muchachos maten animales solamente por la diversión que puedan sacar de ello. Así que yo intentaba que Philip y William no lo hicieran. Cada vez que iba a su granja me esforzaba en convencerlos, pero ellos sólo se reían de mí.



Incluso una vez le dije algo al señor Gregg, pero él simplemente pasó de largo, como si yo no estuviera allí.

Entonces, el sábado pasado por la mañana, vi a Philip y a William saliendo del bosque con su padre y llevando un hermoso cervatillo.

Eso me enfadó tanto que empecé a gritarles.

Los chicos rieron y se burlaron de mí y el señor Gregg me dijo que me fuera a casa y me ocupara de mis propios asuntos.

¡Bien, aquello fue la puntilla!

Vi todo rojo.

Y antes de que fuera capaz de detenerme, hice algo que nunca tuve intención de hacer.

**¡LOS APUNTÉ A TODOS CON EL DEDO MÁGICO!**



¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Apunté incluso a la señora Gregg, que no estaba allí. Apunté a toda la familia Gregg completa.

Durante meses me había estado diciendo a mí misma que no volvería a señalar otra vez a nadie con el Dedo Mágico; no después de lo que le ocurrió a mi profesora, la vieja señora Winter.

Estábamos un día en clase y ella nos enseñaba a deletrear.

—Levántate —me dijo— y deletrea gato.





—Es fácil —dije— J a t o.

—Eres una niña tonta —dijo la señora Winter.

—No soy una niña tonta —grité—. Soy una niña muy lista.

—Ve y ponte de cara a la pared —dijo la señora Winter.

Entonces me enfadé, vi todo rojo y señalé con el Dedo Mágico a la señora Winter con todas mis ganas, y casi al momento...

¿Te imaginas?



¡Empezaron a brotarle *bigotes de gato* en la cara! Eran largos bigotes negros, como los que puedes ver en un gato, sólo que mucho más grandes. ¡Y qué rápido crecían! ¡Antes de que tuviéramos tiempo de darnos cuenta, le llegaban a las orejas!

Por supuesto que la clase entera empezó a desternillarse de risa, y entonces la señora Winter dijo:



—¿Seréis tan amables de decirme qué encontráis tan locamente divertido?

¡Y cuando se dio la vuelta para escribir algo en la pizarra, vimos que también le había crecido una cola! ¡Era una enorme cola peluda!



Ni siquiera puedo decirles qué sucedió después de eso, pero si alguno de vosotros se está preguntando si la señora Winter se puso bien otra vez, la respuesta es NO. Y nunca se pondrá.



El Dedo Mágico es algo que he podido utilizar toda mi vida.

No puedo explicarte cómo lo hago, porque ni siquiera yo lo sé.

Pero siempre sucede cuando me enfado, entonces veo todo rojo...

Siento mucho, mucho calor... Y la punta del dedo índice de mi mano derecha empieza a hormiguearme terriblemente...

De repente una especie de relámpago sale de mí, una chispa, como algo eléctrico.

Salta fuera y toca a la persona que me ha hecho enfadar...

Y después de esto el Dedo Mágico señala a él o a ella y empiezan a ocurrir cosas...

Bueno, ahora el Dedo Mágico había señalado a toda la familia Gregg y ya no había remedio.

Corrí a casa y esperé a ver qué cosas sucedían.

Sucedieron rápidamente.

Ahora os contaré cuáles fueron esas cosas. Supe toda la historia por Philip y William a la mañana siguiente, después de que todo hubiera pasado.

En la tarde del mismo día en que señalé con el Dedo Mágico a la familia Gregg, el señor Gregg, Philip y William salieron a cazar una vez más. En esa ocasión iban a por patos salvajes, así que se dirigieron hacia el lago.

En la primera hora cazaron diez pájaros.

En la siguiente hora mataron otros seis.  
—¡Qué día! —gritaba el señor Gregg— ¡Es el mejor que  
hemos tenido! —estaba loco de contento.



Justamente entonces cuatro patos salvajes más volaron  
por encima de sus cabezas. Volaban muy bajos. Eran blan-  
cos fáciles.



¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!, sonaron las escopetas.  
Los patos se elevaron.



—¡Hemos fallado! —dijo el señor Gregg—. Es raro.

Entonces, para sorpresa de todos, los cuatro patos se volvieron y fueron derechos a las escopetas.

—¡Hey! —dijo serio el señor Gregg—, ¿Qué demonios están haciendo? ¡Esta vez están pidiendo a gritos que acabemos con ellos!

Les disparó otra vez. También los chicos. ¡Y de nuevo fallaron! El señor Gregg se puso muy colorado.

—Es la luz —dijo—. Está demasiado oscuro para ver. Volvamos a casa.

Así que emprendieron el regreso, llevando con ellos los dieciséis pájaros a los que habían matado antes.

Pero los cuatro patos no querían dejarles tranquilos. Ahora empezaron a volar alrededor de los cazadores mientras caminaban de regreso. Al señor Gregg, aquello no le gustó ni un pelo.

—¡Fuera! —gritó, y les disparó muchas más veces, pero no acertó ni una sola. Simplemente no podía darles.

Durante todo el camino a casa los cuatro patos volaron dando vueltas en el cielo sobre sus cabezas y nada podían hacer para que se fueran.

Ya entrada la noche, después de que Philip y William se hubieran ido a la cama, el señor Gregg salió fuera a coger algo de leña para el fuego.